

CUSTOM COMIC

Guillem Carbonell

A veces te encuentras en medio de la nada; a veces, en medio de la nada, te encuentras.

—Harley Davidson

Somewhere in Murcia. Exterior. Ocho de la tarde.

He bajado de la *custom* antes de quitarme el casco. Me ha costado cuatro patadas ponerle el caballete. Debe de ser que ya no soy el chulo que era antes. La chupa y la barriga aprietan más de lo que me es costumbre.

—¿Se lo lleno de noventa y ocho?

—No.

—¿Noventa y cinco?

—No.

—¿Qué?

—Diésel, hijo, ponle diésel.

—¿Diésel?

—La moto es diésel, ¿vale?

El mozo, con la mandíbula suelta incapaz de unir los labios, sus ojos demasiado juntos, hace ademán de discutirme.

—¿Quieres propina o que te propine?

Voy hasta el mostrador, a pagar, pero leo MOTEL y cambio de opinión:

—Habitación, cama doble—, le digo a la muchachilla que me atiende. Inhalo el perfume que enmascara la vejez prematura de su alma, el olor añejo de la piel de quinceañera. Es incapaz de ocultar el crucifijo.

—¿Para uno?

—Para uno más uno, sí. Doble.

»Y dos chocolatinas. ¿Están de oferta?

—Lo pone ahí.

Están de oferta.

Dejo la burra en el aparcamiento; porque es sábado, de noche, estoy solo y toca fútbol. Ya aguantará hoy Trinidad a su hermana, a mi cuñado y a dos mocosos de treinta tacos.

A tenor de las libertinas, ligeras de ropa, saludando a los camioneros conforme pasan al bar, no me cuesta entender que esto es un tugurio lleno de prostitutas.

—Hola, guapo.

—Hola, hermoso.

—Hola, guapo.

Inside del MOTEL insidioso. Interior. Nueve de la noche.

Subo al cuarto, un antro reciclado de no más de quince metros cuadrados. Huele naftalina, sudor y condones usados.

—¡Olé, olé y olé!— grita alguien abajo. —Que no vea yo que ese culito...— y lo mismo de siempre.

Descuelgo el teléfono mientras busco el mando, marco el número abriendo todos los cajones, y tengo que volver a colgar porque me he confundido. Con calma, encuentro la combinación correcta de pulsaciones.

—Trinidad, no me esperes despierto— le digo a mi mujer. Treinta años casados; no tengo que dar explicaciones.

—¿Desde dónde me llamas?

—Desde un motel.

—Tenemos que hablar.

—Lo hablamos mañana.

Cuelgo, tomo la guía local y vuelvo a descolgar:

—¿Tienen la oferta de dos por uno? *Pizas*, quiero dos *pizas*.

Salgo al pasillo. La máquina expendedora será como mi amante. Apenas necesito un par de pasos para gastar las monedas de mi tarro con cambio. Una, dos, tres, cuatro cervezas; tres bolsas de ganchitos; y lubricante, por si acaso me enamoro de mí mismo en la ducha.

Una algarabía en la habitación contigua. Me bebo una cerveza viendo los anuncios.

El árbitro pita y empieza el partido. El primer chute coincide con el primer golpe en la pared; el segundo, con el segundo. Pero el segundo jugador chupa bola mientras, al otro lado de la pared, alguien las sacude. Tres, cuatro, cinco golpes y basta. Sigue el partido mientras escucho a un transportista justificándose:

—Es la primera vez que me pasa.

—Está bien, está bien, está bien—, le repite una señorita en su jornada de piernas abiertas.

Llevo dos cervezas dentro cuando tira de la cadena.

—Olé, olé y olé—, grita el mismo de antes.

Entonces oigo otro golpe, esta vez fuera, y este añade:

—¡Jajajader! Esa moto no es tuya.

«Virgen Santa, Hermano Cristo, Padre Dios que desde el Cielo vigilas nuestro devenir, dime que no ha sido mi moto», pienso.

Me asomo y allí está, la *custom* diésel, tumbada por un mediocre que no sabe dar marcha atrás con el camión.

—Esa moto es mía—, le aclaro.

—Olé y olé— emerge el borracho de debajo del pórtico. Intenta abrazar al camionero, que ha salido de la cabina para decir:

—Lo siento, lo siento, lo siento.

—No, lo siento, lo siento, lo siento, no. Vamos a hacer parte. Me visto y bajo.

Dos minutos más tarde cruzo la recepción. La muchacha lee a San Mateo.

—Por sus actos los conoceréis—, le aclaro.

Parking frente al bar Paco's. Exterior. Noche.

Mi moto sigue caída y el camionero se ha marchado. El tajado sigue riendo:

—¡Se fue, se fuéjejeje!

Hay virutas por el suelo; el cristal del intermitente. El depósito tiene una pronunciada marca; la esquina del otro vehículo.

Rostros anodinos me miran tras los cristales, a salvo del civismo, iluminados por un neon blanco y aburrido.

—¿Me ayudas a levantarla?— le pregunto al borracho.

Terminan tirando un par de meretrices; mientras el otro diserta sobre las condiciones del accidente.

La caída ha abollado la chapa del depósito. Con estupor encuentro una ralla que atraviesa el guardabarros.

—¡Me cago en Dios!— digo mirando al cielo.

Entonces el borracho se encara conmigo.

—Oye, que Dios no te ha hecho nada. Has sido tú solito.

La chiquilla, dentro, se santigua. El zumbado lleva tatuadas no sé cuántas cruces.

—Mira, macho...

—*Mira, macho, ¿qué?*— dice imitando mi acento.

Huele a diésel. El depósito gotea y no sé cómo. Escruto en busca de fisuras.

—¿Eso es diésel?— pregunta, con sorna, un transportista que pasaba por allí.

—Vete a por un bocadillo, anda.

Me han partido el tapón. A una moto China se le ha partido el tapón.

—Pardillo.

—Pardilla tu ma...

Miro adelante. Son tres camioneros los que están allí plantados, con el borracho y las prostitutas haciendo de público.

—¿Mi qué?— pregunta el más gordo al tiempo que el delgado empieza a reírse.

—Tío, este tío es comercial, tío.

Se me ha debido caer una tarjeta de visita de la chupa, y la está leyendo:

—Comercial telefónico—, prosigue el flacucho. —Aquí dice que de *engomados y encofrados termofusibles Rogelio, Ese Ele*.

Mi específico trabajo detrás de un escritorio, dorado al calor de un monitor, sin ápice de la barba al viento, provoca en ellos una carcajada. Sé que soy ridículo con un micrófono pegado a la mejilla; y se lo están imaginando. Ven mis dedos en el teclado, mi bote con lapiceros sin usar, el ocre vetusto del cubículo diminuto. Y veo sus dientes, y siguen riendo, y el borracho esculpe su mano como si fuese un teléfono y dice mirando a una rubia de bote con una teta de goma distinta a la otra:

—¿Señorita, quiere una *piza*? Que si quiero no, que si la quiere. Se la vendojojojo.

Los testículos se me están hinchando. Mi furia juvenil renace de entre los muslos. La presión de cincuenta y cinco años de existencia sube desde mi próstata al estómago repleto de cebada macerada, recorre los pulmones para coger aire, de ahí pasa a la garganta que se encoje, y llega al cerebro en un intento por ser racional; pero mi conciencia no es capaz de soportarlo y cae a plomo; baja hasta el brazo. En cuestión de un segundo, le atizo al ebrio un puñetazo que lo deja en el suelo.

—¡Oye!—, dice el gordo.

—Mef cafo en Diof—, comenta el borracho.

Antonio García Pelayo, natal de Valladolid, con dos hijos en la universidad, un chalé en La Jinetilla y sin escrúpulos, ha vuelto a las andadas. Aquí estoy yo, comisario de mis dos

hipotecas, de las noches que no se me empalma, de los veinte años que llevo sin fumarme un buen canuto, representando a las clases medias.

—Rezad, maricones, rezar porque os voy a dar por culo.

Descargo la juventud que me queda liándome a mamporros entre gente más fuerte que yo, utilizando de escudo el par de cervezas. La audiencia obnubilada se levanta formando un coliseo, las luces de neón tintan de chulería mi sudor frío. En un espasmo de vista, la cristianilla está llamando a alguien; en otro, casi me quedo sin dientes; al siguiente, la chica cuelga; un segundo después, el delgado cae al suelo y vuelve a levantarse. «Mueve esos pies», me digo, «mueve esos pies como si fuese el ochenta y tres. Trinidad ha entrado al disco-pub. Mueve esos pies, mueve esos pies.»

Desde mis ojos de avieso ciervo, aquello lo dirige Christopher Nolan, o Christopher Lee, o Ángel Christopher Nolan-Lee. Las tornas del destino han cambiado y es el más viejo el que enseña a los menos viejos. Basta ya de Millenials de cuarenta y pico.

Pero, desde fuera, somos una caterva de pingüinos zurrándonos las tripas, pegándonos en los hombros con la mano abierta, amenazando al otro con que no se acerque mucho. El hazmerreír hecho hazmellorar. Un patetismo insulso nos embelesa hasta que, sorprendidos por los destellos verdiazulados de un vehículo que entra, paramos para meternos las manos en los bolsillos.

Salvo el borracho, que huye patizambo cuando suena la sirena, nadie resulta herido.

—¿Qué jaleo es este, dónde están las drogas, quién ha pedido comida?

Esa noche, la Guardia Civil me quita la multa porque les invito a *piza*.

—No—, aclara el agente. —Te quito la multa porque huele a diésel.

Y ahora sí, alguien cena dientes.